

verle esas facciones tan marcadas de la casa de Borbon, é indicaban que habia nacido muy inmediato al trono. Su cuello constantemente inclinado, la postura modesta de su cuerpo, su boca un tanto caída hácia los extremos, su mirada penetrante, su sonrisa cariñosa, su gracioso gesto y su conversacion familiar y franca, mostraban en él el hijo de un partidario de la plebe y recordaban al pueblo. Su familiaridad, marcial con los oficiales, soldadesca con los soldados, patriótica con los ciudadanos, hacía que se le perdonase su origen; pero bajo el exterior de un soldado del pueblo se notaba en el fondo de su mirada cierta cosa que recordaba al príncipe de la sangre. Se entregaba á todos los accidentes de la revolucion con el abandono completo pero hábil de un talento consumado. Parecia que sabía con anticipacion que los acontecimientos gastan á los que los resisten, pero que las revoluciones, á manera de las olas, devuelven los hombres al punto en donde los han cogido. Ejecutar bien lo que las circunstancias le indicaban, fiando el resto al porvenir y á su sangre, era toda su política. Maquiavelo no le hubiera aconsejado mejor que su naturaleza. Su estrella no alumbraba más que algunos pasos delante de él, ni él tampoco le pedia ni más luz ni más claridad. Su ambicion se limitaba á saber esperar, su providencia era el tiempo. Nacido para desaparecer en las grandes convulsiones de su país, para sobrevivir á las grandes crisis, para sojuzgar los partidos ya fatigados, para satisfacer y para amortiguar las revoluciones, en medio de su valor y de su entusiasmo exaltado por la patria, se temia vislumbrar en perspectiva un trono levantado sobre los restos del antiguo por la mano de una república. Este presentimiento, que precede á los altos destinos y á los grandes nombres, parecia revelar de léjos al ejército que de todos los hombres que se agitaban entónces en la revolucion, éste podia ser un día el más útil ó el más fatal á la libertad.

Dumouriez, que habia visto al jóven duque de Chartres en el ejército de Luckner, y que le observó atentamente en esta ocasion, quedó admirado de su sangre fria y de su brillantez en la accion, presintió desde entónces una gran fuerza en aquel jóven, y resolvió atraérselo.

VII

Los prusianos coronaban las crestas de las alturas de la Luna, y empezaban á descender de ellas en órden de batalla. Los veteranos del gran Federico, lentos y mesurados en sus movimientos, no mostraban ninguna precipitacion, ni fiaban nada á la casualidad. Sus batallones marchaban simultáneamente, formando figuras geométricas y ángulos rectos cual si fuesen unos baluartes. Parecia que dudaban en abordar á un enemigo doble inferior á ellos en número y en táctica, pero cuya tenacidad ó desesperacion temian.

Los franceses por su parte contemplaban no sin un cierto terror de imaginacion aquel ejército inmenso, y hasta entónces invencible, avanzando silenciosamente su primera línea en columnas y desplegando sus dos alas para exterminar su centro y cortarles la retirada, ya sobre Chalons, ya sobre Dumouriez. Los soldados permanecian inmóviles en sus posiciones, temiendo dejar indefenso por un movimiento falso el estrecho campo de batalla en donde podian defenderse, pero en el que no osaban maniobrar. A la mitad de la colina de la Luna, los prusianos

se detuvieron. Sus compañías de zapadores allanaron el terreno en anchas plataformas, y desembocando la artillería de entre los batallones que le abrieron paso, llevó al galope y situó frente de las columnas cuarenta y ocho piezas divididas en cuatro baterías, tres de cañones y una de obuses. Otra batería de la misma fuerza que enfilaba el flanco de las líneas francesas estaba cubierta bajo un velo de niebla á la derecha de los prusianos, y no tardó en romper el fuego en fuertes detonaciones. El fuego principió á la vez por el frente y por los flancos.

A este fuego, Kellermann mueve su artillería y la sitúa delante de la infantería. Más de veinte mil proyectiles lanzados por ciento veinte piezas se cruzan en el aire por espacio de dos horas, surcando el suelo de las



Campamento de Sainte-Menehould.—Pág. 90.

dos opuestas colinas, como si las dos artillerías hubiesen querido abrir brecha en las faldas de las montañas. El humo denso de la pólvora y el polvo producido por el choque de las balas y de las granadas al pegar en el suelo, subiendo por los declives de las colinas y detenido por el viento que corria en aquel desfiladero, impedian á

los artilleros hacer la puntería, equivocando con frecuencia los tiros. Unos y otros combatian en medio de dos nubes de polvo y de humo, y dirigian sus tiros hácia donde oian el estampido del cañon enemigo. Los prusianos, más descubiertos que los franceses, sufrían mayor estrago alrededor de sus piezas. El fuego de los prusianos fué disminuyendo. Kellermann, que espiaba el menor signo de debilidad, creyó notar alguna confusion en sus movimientos, y se precipitó á caballo á la cabeza de una columna sobre ellos para apoderarse de sus piezas. Otra batería enemiga, oculta por un accidente del terreno, apareció entónces al frente de su

columna, y su caballo, herido en el pecho por un casco de granada, cayó muerto, cogiéndole á él debajo. El teniente coronel Lormier, su ayudante de campo, también fué herido mortalmente. La cabeza de la columna, atacada de frente y por los flancos, titubea y retrocede en desórden. Kellermann sale de debajo de su caballo, y sostenido por algunos soldados va á buscar otro. Los prusianos, que han visto caer á un general y la retirada de su tropa, redoblan el fuego. Una lluvia de granadas mejor dirigidas destruye el parque de artillería de los franceses. Dos cajones de pólvora vuelan en medio de las filas. Los proyectiles, los ejes de las cureñas y los miembros de las caballos, lanzados en todas direcciones, se llevan filas enteras de nuestros soldados. Los trenistas huyen al galope del foco de la explosion con sus arzones, sembrando la confusion y comunicando su instinto de fuga á los batallones que están en primera línea. La artillería, privada de este modo de sus municiones, se detiene y deja de disparar.

El duque de Chartres, que sufría hacía tres horas con arma al brazo el granizo de balas y metralla de la artillería prusiana en el molino de Valmy, punto muy interesante, notó el peligro de su general. Inmediatamente corre á todo escape á la segunda línea, coge la reserva de artillería montada y la lleva al galope á la explanada del molino, remediando con esto el desórden del centro de la batalla. En seguida reúne los artilleros que se habian dispersado, manda volver á romper el fuego, y aturde y contiene al enemigo, que ya se creía vencedor.

El duque de Brunswick no quiere dar á los franceses tiempo para rehacerse, y forma tres columnas de ataque sostenidas por dos alas de caballería. Estas columnas avanzan á pesar del fuego de las baterías francesas y se echan en masa, como para sofocarle con su peso, sobre el molino de Valmy, en donde el duque de Chartres las espera á pié firme. Kellermann, que acaba de restablecer su línea, forma su ejército en columnas de ataque por batallones, se apea de su caballo, da la brida á un ordenanza y hace conducir el animal detras de las filas, indicando á los soldados por este acto desesperado que no quiere más que la victoria ó la muerte. El ejército lo comprende. «¡Camaradas!—grita Kellermann con una voz palpitante de entusiasmo y acentuando bien las sílabas para que hieran desde más lejos el oído de los soldados.—Hé aquí el momento de la victoria. Dejemos avanzar al enemigo sin dispararle un solo tiro, y carguémosle á la bayoneta en cuanto esté encima de nosotros.» Dichas estas palabras, levanta en el aire y agita su sombrero, adornado con penacho tricolor, sobre la punta de su espada. «¡Viva la nacion!—exclama con voz más fuerte aún.—¡Vamos á vencer por ella!»

Esta exclamacion del general corre de boca en boca por los batallones más próximos, y sigue luego toda la línea. Repetida por los que la habian proferido primero, y vuelta á repetir por los que les siguen despues, es como un clamoreo inmenso, semejante á la voz de la patria animando á sus primeros defensores. El grito de todo un ejército, prolongado durante un cuarto de hora y rodando de una á otra colina en los intervalos de la explosion de los cañones, asegura al ejército con su propia voz y hace reflexionar al duque de Brunswick. Tales corazones prometen terribles brazos. Los soldados franceses, imitando espontáneamente el gesto sublime de su general, levantan sus sombreros y sus cascos en las puntas de sus bayonetas y los agitan en el aire, como para saludar el triunfo. «La victoria es nuestra»,—dice Kellermann. Y se lanza á paso de carga sobre las columnas prusia-

nas, haciendo redoblar las descargas de su artillería. Al aspecto de este ejército que se mueve por sí solo bajo la metralla de ochenta piezas, las columnas prusianas titubean, se detienen y fluctúan un momento en desórden. Kellermann sigue avanzando. El duque de Chartres, con una bandera tricolor en la mano, lanza su caballería detras de la artillería montada. El duque de Brunswick, con la ojeada de un veterano y el deseo de economizar sangre que caracteriza á los generales consumados, juzga al momento que su ataque se estrellará contra semejante entusiasmo, rehace con sangre fria sus columnas, hace tocar á retirada, y vuelve á ocupar lentamente y sin ser perseguido sus antiguas posiciones.

Las baterías de los dos lados habian callado; los claros se restablecian en los ejércitos, y la batalla quedó tácitamente suspendida hasta las cuatro de la tarde. A esta hora el rey de Prusia, indignado por la indecision y por la falta de energía de su ejército, formó por sí mismo con la flor de su infantería y de su caballería tres formidables columnas de ataque, y recorriendo á caballo el frente de sus líneas, le reprendió amargamente por haber humillado de aquel modo la bandera de la monarquía. Las columnas se mueven á la voz de su soberano. El rey, rodeado del duque de Brunswick y de sus principales generales, marcha en las primeras filas y á descubierto bajo el fuego de los franceses, que diezman á su alrededor su estado mayor. Intrépido como la sangre de Federico, manda como rey celoso del honor de su nacion, y se expone como soldado que reputa la vida en nada delante de la victoria. Todo fué inútil: las columnas prusianas, deshechas ántes de poder abordar las alturas de Valmy por las veinticuatro piezas que estaban en batería en el molino, se replegaron al anochecer, dejando un lago de sangre por donde pasaban y ochocientos cadáveres en el campo. Kellermann durmió en el llano de Valmy, en medio de los heridos y de los muertos, pero contando con razon este cañoneo de diez horas por una victoria. De esta suerte habia hecho que se acostumbrase el ejército frances desde la vez primera al estruendo de la guerra, y habia experimentado también su patriotismo ante el fuego de ciento veinte cañones. El número y la posicion de las tropas no permitian más. No ser vencido, equivalia para el ejército frances á quedar vencedor. Kellermann lo experimentó con tal entusiasmo, que quiso confundir más tarde su nombre con el de Valmy, y despues de una larga vida llena de brillantes victorias, legó en su testamento su corazón á la aldea de este nombre, á fin de que la parte más noble de su cuerpo reposase en el teatro de su más querida gloria, al lado de los compañeros de su primer combate.

Miéntas que el ejército frances se batia y triunfaba en Valmy, la Convencion, como hemos visto, decretaba la república en Paris. El correo que llevaba al ejército la noticia de la proclamacion de la república, y el que iba á Paris con la del descalabro que habian sufrido los aliados, se cruzaron en las inmediaciones de Chalons. Así la victoria y la libertad se encontraron en el mismo camino, como para presagiar á Francia que la fortuna le sería fiel miéntas que ella lo fuese á la causa del pueblo y á los principios de la revolucion.

VIII

Dumouriez volvia á su campo en medio del ruido de los últimos cañonazos de Kellermann, al mismo tiempo que se felicitaba por el éxito de una jornada que afirmaba el espíritu del ejército y que hacía fatal á sus enemigos el primer choque

contra la patria. Era demasiado diestro para dejar de conocer la falta de Kellermann y la temeridad de su posición. El duque de Brunswick era al otro día tan fuerte como lo que había sido la víspera, y además había extendido su ala derecha más allá de Gizaucourt, y cortaba el camino de Chalons. El ejército francés, aunque victorioso, estaba como encerrado dentro de sus mismas líneas, y no le quedaba expedita otra comunicación con París que la indirecta de Vitry. Otra segunda acción podía llevar á los prusianos sobre Kellermann y destruir su cuerpo de ejército, que estaba demasiado expuesto. Dumouriez fué el 21 al amanecer al campo de su colega, y le ordenó que pasase el río Aube y se replegase en el campo de Dampierre que le había señalado anteriormente. Esta posición, ménos brillante pero más segura, daba unión y solidez al ejército francés. Kellermann lo conoció y obedeció sin murmurar. No era posible ningún ataque de los prusianos contra cincuenta mil hombres cubiertos por baluartes y fosos naturales y sostenidos por una numerosa artillería. Sólo el tiempo podía combatir en lo sucesivo á favor ó en contra del uno ó del otro ejército.

Los prusianos habían perdido ya tantos días, que no podían desperdiciar más. El mal tiempo se acercaba, y el invierno sólo era suficiente para obligarles á retirarse. El duque de Brunswick no tenía sino tres partidos que tomar, pero era necesario tomarlos pronto: marchar sobre París por el camino de Chalons, de que se había apoderado; atacar y vencer á Dumouriez en sus líneas; y en fin, repasar el Argonne, tomar buenos cuarteles de invierno en la parte mejor del territorio que había invadido, tener á Francia en jaque por espacio de seis meses, fatigarla, tenerla inquieta, y tomar la ofensiva al venir la primavera.

El duque no tomó ninguno de estos partidos, perdiendo diez días irreparables en observar al ejército francés, aniquilando el terreno estéril que ocupaba. La estación lluviosa y tercianaria le sorprendió en estas dudas. Las lluvias destruyeron los caminos del Argonne por donde le llegaban los convoyes de Verdun. Sus soldados, sin abrigo, desprovistos de víveres, se esparcieron por los campos, por los huertos y por las viñas, para satisfacer su necesidad comiendo uvas agraces que aquellos hombres del Norte cogían por primera vez. Su estómago, debilitado por las malas comidas, les hizo adquirir aquellas enfermedades de vientre que quitan la fuerza y el ánimo á los soldados. El contagio corrió rápidamente en el campamento y diezmó los cuerpos. Los caminos estaban cubiertos de carros que transportaban á los soldados de Brunswick á los hospitales de Longwy y de Verdun.

La posición de Dumouriez no les parecía mucho más segura á aquellos espíritus que no poseían el secreto de sus ideas. Encerrado por el lado de los Obispos por el príncipe de Hohenlohe, lo estaba también por el lado de París por el rey de Prusia. Los prusianos no distaban seis leguas de Chalons, y los emigrados ménos. Los hulanos, caballería de aquéllos, merodeaban hasta las puertas de Reims. Entre la capital y Chalons no había posición ni ejército. París temblaba al verse descubierto; los rumores siniestros, aumentados por la malevolencia y el miedo, anunciaban á cada instante á los parisienses consternados la aproximación del rey de Prusia. Los periódicos daban el grito de traición. El gobierno, el ministro de la Guerra, el mismo Danton, enviaban correo tras correo á Dumouriez para ordenarle que librase el ejército á toda costa y viniese á cubrir el Marne. Kellermann, teniente intrépido pero susceptible y murmurador, conmovido por la opinión de París, ame-

nazaba abandonar el campo y dejar á su colega en su obstinación. Dumouriez, empleando tan pronto el ascendiente de su autoridad, tan pronto la seducción de su talento, pasaba para retenerle en su puesto del ruego á la amenaza, y gozaba día por día de una victoria con su paciencia. Sólo su poderosa convicción, aunque aislada, podía sostenerle contra todos. Interceptado el camino de Chalons, retardaba la llegada de los convoyes del interior, y los soldados pasaban á veces tres días



Dumouriez rodeado por las tropas del campo de Maulde.—Pág. 91.

sin pan. Las murmuraciones asediaban los oídos del general, que tenía la habilidad de convertirlas en chanzas. «Ved á los prusianos, —les decía;— ¿no son más dignos de lástima que vosotros? Ellos tienen que comerse sus caballos, y vosotros teneis harina. Haced galletas y sazoadlas con la libertad.» Otras veces amenazaba con quitar el uniforme y las armas á los que se quejasen por la falta de pan, y echarlos del campo como indignos de sufrir privaciones por la patria. Ocho batallones de federados últimamente llegados del campo de Chalons, y aún ebrios de sedición y asesinatos, eran los más temibles para la subordinación del campo. Estos decían en alta voz que todos los oficiales antiguos eran unos traidores, y que era necesario purgar el campo de generales, como se había purgado París de aristócratas. Dumouriez hizo acampar estos batallones separados y puso algunos escua-

drones detras de ellos y dos piezas á sus flancos, formándolos despues en batalla so pretexto de pasarles una revista, y cuando llegó á la cabeza de la línea, rodeado del estado mayor y escoltado por cien húsares, les dijo: «Vosotros, porque no quiero daros el nombre de ciudadanos ni de soldados, estais viendo esa artillería, y detras la caballería: Estais manchados de crímenes, y yo no sufro aquí asesinos ni verdugos. Sé que hay entre vosotros malvados encargados de incitar al crimen. Arrojadlos de vuestro seno, ó denunciádmelos. Yo os hago responsables de su conducta». Los batallones temblaron, y tomaron el buen espíritu del ejército.

El antiguo honor se asociaba en el campo al patriotismo. Dumouriez lo mantenía en sus tropas, familiarizándose con sus soldados, pasando las noches en sus hogueras, comiendo y bebiendo con ellos, explicándoles su posición, la de los prusianos, anunciándoles la próxima derrota de sus enemigos, y pidiéndoles uno á uno á todos los soldados de su ejército que tuviesen la confianza y la paciencia de que tenía él mismo necesidad para salvarlos á todos. La amenaza de su destitución le llegaba todos los días de París, y él respondía desafiando á los ministros: «Tendré secreta mi destitución hasta el día en que vea huir á los enemigos. Entónces yo mismo se la manifestaré á mis soldados, é iré á París á recibir el castigo á que me haya hecho acreedor por haber salvado á mi país á pesar suyo».

Tres comisarios de la Convención, Sillery, Carra y Prieur, llegaron al campamento el 24 para hacer reconocer la república. Dumouriez no titubeó; aunque monárquico, su instinto le dictaba que la cuestión del día no era la de la forma de gobierno, sino la patria; por otra parte, tenía la ambición grande como su genio y vaga como el porvenir. Una república agitada por dentro y amenazada por fuera no podía descontentar á un soldado victorioso á la cabeza de un ejército que le adoraba. Aboliéndose la monarquía, no había nada más elevado en la nación que su generalísimo. Los comisarios llevaban también el encargo de establecer al ejército al otro lado del Marne. Dumouriez exigió y obtuvo de ellos seis días de término. Al amanecer del séptimo, los centinelas franceses vieron las colinas del campo de la Luna desiertas, y á las columnas del duque de Brunswick desfilan lentamente entre los picos de la Champaña, y tomar la dirección de Grandpré. La fortuna había justificado la perseverancia, el genio había burlado al número, y Dumouriez triunfó. Francia se había salvado.

A esta noticia, un grito general de *Viva la nación!* resonó en todos los puestos del ejército francés. Los comisarios, los generales Beurnonville, Miranda y el mismo Kellermann, se arrojaron en los brazos de Dumouriez, reconociendo la superioridad de sus miras y el poder de su voluntad. Los soldados le proclamaron el Fabio de la patria; pero este nombre, que él aceptó por un momento, no correspondía al ardor de su alma, porque entreveía ya el papel de Aníbal, más conforme con la actividad de su carácter y con la obstinación de su genio. El de César podía tentarle también algún día en su interior. Esta ambición de Dumouriez explica por sí sola la retirada impune de los prusianos á través de un país enemigo, por desfileros fáciles de convertir en otras horcas caudinas, y bajo el cañón de cincuenta mil franceses, ante los cuales el ejército diezmando y enervado del duque de Brunswick tenía que operar una marcha de flanco.

LIBRO VEINTIOCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en París.—Se concierta con Danton.

I

Mientras que Dumouriez triunfaba del ejército prusiano por su talento militar, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y un centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de Estado, avezado á las intrigas de las cortes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes extranjeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez había anudado ó confruido algunas relaciones, en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros más influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo entenderse en el interior para las confidencias de estas negociaciones. El saqueo del guardamuebles de la corona, que había tenido lugar en París con la complicidad presunta de oscuros agentes del ayuntamiento, proporcionó, según dicen, á Dumouriez, no unos grandes medios de seducción, y cuales se necesitan para salvar una patria, sino lo suficiente para sufragar aquellos gastos secretos que pagan una intriga y captan el favor de los agentes subalternos de una corte ó de un cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba ménos que Dumouriez combatir, y negociar al mismo tiempo que peleaba. El cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos pandillas: la una quería mantener al rey en el ejército; la otra aspiraba á alejarle de él. El conde de Schulenburg, confidente del rey, pertenecía á la primera; el duque de Brunswick era el alma de la segunda. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe apoyaban el pensamiento del generalísimo, y no cesaban de representar al rey que los negocios de Polonia, más importantes para su imperio que los desórdenes de París, exigían su presencia en Berlín para coger su parte en aquella vasta presa que Rusia iba á devorar por sí sola. El rey se resistió con la firmeza de un hombre que ha comprometido su honra por una causa grande á la faz del mundo, y que quiere salir de su empeño al ménos con gloria. Permaneció, pues, en el ejército, y envió al conde de Schulenburg para vigilar en su nombre las operaciones de Polonia. Desde este día el príncipe se entregó sólo en su campo á influencias